



Estab. tip. de J. A. Muñoz.

D. ALFONSO X EL SABIO.



tiempo fueron muy grandes y señalados. Era tanto lo que este príncipe amaba al rey don Fernando, y érale tan agradable su memoria, que con ser moro, todos los años enviaba á Sevilla buen número de los suyos con cien antorchas de cera blanca para que se hiciesen al rey las exequias y aniversarios.

La falta que tenían de dineros era grande, por estar gastados todos con las guerras de tantos años. Tratóse de buscar algun camino para allegar moneda y remediar este daño: pareció lo más á propósito que en lugar de los pepiones, que era cierta moneda así llamada de buena ley, se usase de burgaleses, moneda muy baja, mezclada de otros metales. Era cosa injusta abajar de quilates la moneda, y que fuese del mismo valor que la de ántes: desorden por donde las cosas encarecieron, y no se remedió la necesidad del rey, porque fué necesario aumentar los salarios de los jueces y de los demas oficiales, con tanto mayor indignacion del pueblo que poco despues se inventó otro género de moneda que se llamaba negra, es á saber, por tener mucho cobre. Quince monedas deste género valian una dobla ó escudo: un burgales valia dos pepiones: noventa un escudo ó un maravedí de oro. Este camino de allegar dinero, bien que intentado muchas veces de grandes reyes, que sea muy engañoso y perjudicial el tiempo y la experiencia y desastrados sucesos, lo han bastantemente declarado: sin duda fué la principal causa por que el rey D. Alonso en breve se hizo muy malquisto y odioso á sus vasallos. Desta manera, si no hay gran tiento, de honestos principios y causas se siguen efectos muy perniciosos y malos. Esta fué la primera semilla de la discordia civil: de la guerra de fuera hubo otras causas.

Estaba el rey D. Alonso congojado por la esterilidad de la reina doña Violante, por el gran deseo que tenía de dejar sucesion. Los aduladores, de que siempre hay gran número en las casas de los príncipes, pretendian que aquel matrimonio se podia apartar: no les faltaban razones para colorear este engaño, como á gente de grande ingenio; el rey fácilmente se dejó persuadir en lo que deseaba.

Envió embajadores al rey de Dinamarca á

pedir por mujer una hija suya llamada Cristina. Era cosa fácil por la grande distancia de los lugares engañar aquella gente. Concertado el casamiento, la doncella fué enviada en España. Estos intentos del rey D. Alonso dieron mucha pena como era razon al rey D. Jaime: procuróse dar algun corte con embajadas que se enviaron; pero como no se efectuase nada, vino el negocio á rompimiento y á las armas. Hiciéronse correrías y cabalgadas de una parte, y de otra, robos de hombres y ganados, y esto al principio de aquella diferencia.

Por el mismo tiempo, Theobaldo, rey de Navarra, primero deste nombre, falleció á ocho de Julio año de nuestra salvacion de mil [doscientos cincuenta y tres: digno de ser alabado por el deseo que mostró de ayudar á la guerra de la Tierra Santa, quanto reprehensible y manchado por el intento que tuvo de oprimir los derechos y libertad eclesiástica; por la cual causa se dice hobo entredicho general en todo aquel reino por espacio de tres años enteros. Este tiempo pasado, D. Pedro Remigio ó Gazolaz, obispo de Pamplona, alzado el destierro en que le tenían, se reconcilió con el rey á instancia de personas principales que ello en trabajaron, y con muy grande alegría y regocijo de todo el pueblo. Theobaldo merece sin duda ser alabado por otras cosas y partes de que fué dotado, en especial por los estudios de las artes liberales, ejercicio y conocimiento de la música y de la poesia tan grande, que acostumbraba componer versos y cantarlos á vihuela; las poesias que hacia, proponellas en público en su palacio para ser de todos juzgadas. Tuvo tres mujeres. De la primera, que fué hija del conde de Lorena, no tuvo hijos algunos. Dejada ésta por mandado de los pontífices, casó con Sybila, hija de Philipo, conde de Flándes. Deste matrimonio nació Blanca, que casó con Juan, duque de Bretaña, por sobrenombre el Bernejo. De la tercera mujer, que fué hija de Archimbaudo, conde de Fox, tuvo á Theobaldo y á Enrique, y una hija llamada Leonor.

Theobaldo sucedió á su padre despues de su muerte: era menor de edad, que no tenía quince años cumplidos, de excelente natural, y que daba muestras de grandes virtudes. La reina,



Margarita su madre, cuidadosa de lo que á su hijo tocaba, estaba con temor, en especial de D. Alonso, rey de Castilla, que vencidos y domados los moros, se entendia queria revolver contra Navarra, y despertar el derecho antiguo que pretendian los reyes de Castilla á aquella corona: cuidaba ayudarse del socorro del rey de Aragon y de su sombra. Tratóse por sus embajadores de aliarse; y para que la cosa se concluyese más fácilmente, con seguridad de ambas partes se juntaron á vistas. Al principio del mes de Agosto en Tudela se hizo confederacion entre los dos reyes, en que se concertó tuviesen los mismos por amigos y por enemigos. Asentaron otrosí que una de las dos hijas que tenía el rey D. Jaime, se diese por mujer á Theobaldo; y en particular se proveyó que ninguna de las dos casase con alguno de los hermanos del rey de Castilla sin voluntad de la reina Margarita, y sin que ella viniese en ello. Al rey de Aragon, sin embargo, le quedó su derecho á salvo, que pretendia tener á aquel reino por la adopcion del rey D. Sancho de Navarra.

Esta confederacion, para que fuese más fuerte, se procuró que el romano pontífice la aprobase: las fuerzas de los dos reinos claramente se movian y enderezaban contra las de D. Alonso, rey de Castilla. El cuidado desta guerra y miedo que resultó por esta causa (que suele ser muy gran atadura de concordia) hizo que los aragoneses padre é hijo se concertasen; cosa que tanto se deseaba. Así hallo que lo que el rey de Aragon habia donado á D. Pedro y D. Jaime sus hijos, lo aprobó con juramento en Barcelona D. Alonso el hijo mayor del mismo rey D. Jaime. Ofrecióse demas desto ocasion de nueva guerra. Alasarchô, moro de ingenio sagaz, prometió entregar y rendir el castillo de Reguara que tenía en su poder. El rey de Aragon, como el que era arriscado, creyóse fácilmente que le trataba verdad: acudió con poca gente como á cosa hecha. Hobera de caer en el lazo y quedar preso; mas quiso Dios que le avisaron del engaño y de lo que pasaba, con que se puso en cobro. El moro, burlada su esperanza, se declaró por enemigo, y persuadió á los moros de Valencia que tomasen las armas y que se levantasen.

El rey, movido por el peligro, acudió á Valencia; tratóse en aquella ciudad de echar aquella gente de todo el reino. Los señores, por la ganancia que de aquella gente les venia, hacian contradiccion; los prelados y el pueblo otorgaban con el rey, que fué el parecer que prevaleció en las córtes. Mandaron, pues, á todos los moros que saliesen del reino de Valencia y de todo su distrito dentro de cierto término. Ellos, aunque estaban en armas sesenta mil dellos, obedecieron á lo que les fué mandado. Repartiéronse por tierra de Murcia y de Granada; gran parte hizo asiento en la Mancha, que al presente se llama de Aragon, antiguamente de Montaragon, de un pueblo deste nombre que por allí caia. Era comarca áspera y no cultivada en aquel tiempo, al presente de señalada fertilidad en la cosecha de pan con que provee á otras muchas partes. Llamóse antiguamente campo Spartario, del mucho parto que tiene. Desta resolucion sacó gran interese D. Fadrique, que residia en Villena, y la tenía en gobierno en nombre del rey D. Alonso su hermano. Era por allí el paso; hizo que por él los miserables cada uno pagase un escudo de oro.

El rey de Aragon, embarazado con estos alborotos, no pudo luego volver las armas contra Castilla. Esta tardanza hizo que las sospechas de una gran guerra se trocaron en muy alegre fin y remate. En el mismo tiempo que Cristina, despues de tan largo viaje últimamente aportó á Toledo, que fué el año de nuestra salvacion de mil y doscientos y cincuenta y cuatro, se entendió que la reina estaba ocupada. El rey, movido con una cosa tan fuera de lo que se esperaba, trocó el odio en amor. Los mismos que ántes le persuadian que la dejase trataron que se reconciliase con la reina, y hallaban razones en favor del matrimonio que ántes tenían por inválido; tales son las adulaciones de los cortesanos. D. Felipe, hermano del rey, sin embargo que era abad de Valladolid y electo arzobispo de Sevilla, renunció el hábito clerical con voluntad del rey su hermano para casar con Cristina, que aceptó aquel partido, perdida la esperanza de ser reina; matrimonio que como mal tratado en bre-



ve se apartó por la muerte de Cristina, que le sobrevino por la pena de la afrenta y por el desabrimiento que recibió por un trueque semejante; así lo entendia la gente vulgar.

La esterilidad de la reina doña Violante se mudó en fecundidad, tanto que parió muchos hijos á su marido. Estos fueron doña Berenguela, doña Beatriz, D. Fernando, por sobrenombre de la Cerda, por causa de una muy señalada y larga con que nació en las espaldas, D. Sancho, D. Pedro, D. Juan, D. Diego, doña Isabel y doña Leonor. Todos estos tuvo el rey don Alonso en la reina. En otra madre, de bajo linaje, á D. Alonso Fernandez; en doña Maria de Guzman, hija de Pedro de Guzman, á doña Beatriz, que fueron el uno y el otro hijos bastardos. El año siguiente de mil y doscientos y cincuenta y cinco, Eduardo, hijo mayor de Enrique, rey de Inglaterra, vino á España. Las causas de su venida no se dicen; podemos sospechar (¿quién lo veda?) que movido del agravio de Cristina hizo aquel viaje por ser primos hermanos; su viaje, cuánto haya aprovechado, el suceso de las cosas lo declara; lo cierto es que en Búrgos fué recibido benignamente del rey, y de su mano le armó caballero, ceremonia que en aquel tiempo se usaba, halagos con que se pretendia aplacar el ánimo de aquel príncipe mozo y bravo.

El rey D. Alonso no tenía la misma fama en todas las partes y acerca de todas las naciones. En España, en su reino sin duda era aborrecido del pueblo: á los reyes comarcanos no era nada agradable, dado que con cierta muestra de paz, ó por miedo de su poder se detenian de tomar contra él las armas. Entre las naciones extrañas volaba la fama de su grande erudicion. Decíase que era elocuente, sagaz, instruido igualmente en las artes de la paz y de la guerra. Esto movió á algunos príncipes de Alemania para que en la Dieta del imperio en que se trataba de elegir emperador, le nombrasen en lugar de Guillelmo César, que á la sazón murió, y se tuviese cuenta con él, bien que no fué una la voluntad ni los votos de todos se conformaron en uno: el arzobispo de Colonia, en su nombre y en el del arzobispo de Maguncia, cuyo lugar y voz traia, y el conde Palatino

nombraron por emperador á Ricardo, conde de Cornubia, hermano de Enrique, rey de Inglaterra. Hízose este nombramiento á seis de Enero, dia de los Reyes, año que se contó del Señor de mil y doscientos cincuenta y seis: algunos señalan dos años adelante. El arzobispo de Tréveris y el duque de Sajonia, teniendo por inválida la eleccion de Ricardo, por sus votos eligieron á D. Alonso, rey de Castilla, el postrer dia de Marzo luego siguiente.

Enviáronse embajadores á entrambos, y cada cual se tenía por legítimo emperador, y á su competidor al contrario: con tanta más ventaja de Ricardo, que sin dilacion dejadas todas las demas cosas acudió á Alemania, y de mano del arzobispo de Colonia, á quien esto toca, tomó la corona primera del imperio en Aquisgran á dos dias del mes de Mayo. D. Alonso, embarazado con las alteraciones domésticas y desconfiado de la voluntad de sus vasallos, y principalmente por la edad de sus hijos, que era pequeña, dilató su ida, puesto que los obispos de Constancia y de Espira vinieron por embajadores en esta razon, y con nuevas embajadas que le enviaban de cada dia le importunaban fuese á tomar el imperio. Esta tardanza entibió la aficion de su parcialidad, y fortificó los intentos de la parte contraria. Favorecian á D. Alonso, fuera del crédito de su virtud, porque de parte de madre venia de los emperadores de Alemania como hijo que era de doña Beatriz, y por ella nieto de Philipe, que fué el tiempo pasado emperador. Á Ricardo ayudaba mucho la semejanza de la lengua, que no es pequeña entre ingleses y alemanes, grandes y antiguas alianzas entre aquellas dos naciones, las costumbres semejantes, además del parentesco que entre sí tenían, para que le juzgasen por idóneo y digno del imperio en tanto grado, que en negocio dudoso parecia aventajarse algun tanto su derecho. Porque dentro de un año despues de la muerte del emperador Guillelmo fué puesto en su lugar en el mismo dia que de comun consentimiento los electores señalaron para la eleccion; dentro de otro año de mano del arzobispo de Colonia, á quien esto pertenece, fué en Aquisgran coronado, y tomó las demas insignias del imperio y se sentó en la silla de Car-